

## UN LIBRO SOBRE BLANCO WHITE

Por JOSÉ MARÍA ALBERICH SOTOMAYOR

En 1826, es decir, en plena “década ominosa”, el Rev. William Barber, joven ministro metodista residente en Gibraltar, donde moriría poco después de la fiebre amarilla, pasa unos días en Algeciras y presencia una misión de frailes mercedarios que predicaban por las calles, oyen las confesiones de los arrepentidos y sacan procesiones de penitencia, es decir, una de esas misiones que tan odiosas le resultaban a otro reverendo, esta vez sevillano, el Rev. Joseph Blanco White, quien por esas mismas fechas acaba de sacar la 2ª edición de sus *Cartas de España* y se metía de cabeza en las polémicas que dividían a Inglaterra acerca de la emancipación católica. Al Rev. Barber, a pesar de ser protestante y metodista, no le desagradaron dichas misiones; algunos predicadores le parecieron “hombres buenos y sinceros” que contribuían con su palabra a remover las conciencias de los oyentes y mejorar por tanto su moralidad. El único pero que les pone es que insisten demasiado en las penas del infierno y apenas hablan de la salvación por los méritos de Cristo, lo cual, le parece, es desvirtuar el espíritu del Evangelio.

Otros visitantes anglosajones que no voy a citar insisten en esa misma idea de que el catolicismo popular español se basa en el miedo a las penas eternas, y muy poco en la confianza y el amor a Cristo. Y eso era muy cierto en la época de Blanco y lo siguió siendo hasta bien mediado el siglo XX. Es una atmósfera que

hemos respirado los españoles de mi edad, una religión timorata que giraba en torno al concepto jesuístico del "negocio de la salvación": lo único importante era no condenarse, y para ello no arriesgarse, encerrarse en una rutina de devociones y penitencias, no salir de casa, ya que el "mundo" estaba lleno de peligros y tentaciones, es decir, adherirse a una ética puramente negativa que consiste en no leer libros prohibidos, no ir al teatro o al baile, no hacer esto, no hacer aquello... Como documenta muy bien el P. Ríos, a Blanco, cuando duda si recibir o no órdenes sagradas, le ponen en el disparadero asegurándole que se condena si no se ordena. En la misma dirección van los Ejercicios Espirituales que Blanco sufre en el Oratorio de San Felipe Neri —y los que muchos otros españoles más modernos hemos sufrido en otras iglesias o colegios—; el plato fuerte es la meditación sobre los terrores de la muerte y el infierno, la mosca gris, las cuatro velas rodeando el féretro, etc. etc.

Blanco nace al mundo en una Sevilla pacata, y en una familia más pacata todavía: lleva una infancia triste y solitaria porque el niño no tiene todavía hermanos varones, y los chicos de la calle que juegan libremente le dan envidia. El padre le mete en una oficina a copiar cartas a los ocho años de edad, verdadera explotación de la infancia, y cuando no está trabajando le hace asistir a interminables oficios divinos. La madre es una gallina clueca que se sienta encima del polluelo y no le deja moverse: le espía o encarga a sus amigos clérigos que le espíen; se le erizan las plumas si percibe que su hijo puede enamorarse: tiene que ser sacerdote, cueste lo que cueste. Tal vez ha oído —aunque no sé si me meto en un anacronismo— esa piadosa mentira de que la mujer que tiene un hijo sacerdote tiene asegurada la salvación. Otra vez el negocio. Todo eso lo explica, lo documenta y lo fecha magníficamente el P. Ríos en el libro que presentamos, deshaciendo los errores que otros biógrafos como Méndez Bejarano han sembrado por toda la vida de Blanco, o incluso los que el mismo Blanco, traicionado por la memoria y más aún por sus posteriores animosidades anticatólicas, ha estampado en su *Life*. Con el mismo rigor documental —fruto de rebuscas increíblemente pacientes en varios archivos— se investigan los estudios colegiales y universitarios de Blanco, su participación en las academias a las que asistió, sus ordenaciones

eclesiásticas y sus grados universitarios, sus actividades literarias, que no fueron pocas ni insignificantes, sus poesías, en claro y clásico español, antes de meterse en los berengenes de la lengua inglesa... En suma, todo lo que se puede datar y fijar en los primeros 25 años de un ser humano está aquí hecho con estupenda certidumbre. Lo demás tal vez sean suposiciones, pero son precisamente las suposiciones, es decir, las interpretaciones, lo que más interesa al lector actual, pues si Blanco —buen poeta pero de segunda fila, excelente costumbrista en sus *Cartas* y arbitrario polemista en el resto de su obra —sigue despertando nuestra admiración es por lo moderno que resulta sin dejar de ser de su tiempo. Es más por lo que fue que por lo que escribió, aunque sólo podemos imaginar lo primero a través de lo segundo. Y es en la última sección del libro, titulada cautelosamente por su autor “Altibajos religiosos en el Blanco del siglo XVIII”, donde este modesto escoliasta de un escoliasta encuentra mayor interés; es decir, en la parte más interpretativa de la obra.

El P. Ríos insiste en que Blanco nunca tuvo verdadera vocación sacerdotal y en que entró en el sacerdocio mal aconsejado por amigos como Arjona —buen consejero, el que pronto caería en la inmoralidad y el sacrilegio— y sobre todo mal aconsejado por el miedo a disgustar a su madre. Por lo demás, también cree que Blanco mantuvo incólume su fe —si bien con algunas dudas de poca monta— hasta el final del período estudiado, es decir, hasta poco después de su ordenación sacerdotal en 1799. Ahora bien, ya que estamos entre reverendos, vamos a traer a colación uno más, a saber, el Rev. J.B. Mozley, catedrático de Teología en la Universidad de Oxford (“Regius Professor of Divinity” es su verdadero título) y autor del ensayo más penetrante que he leído sobre Blanco, publicado en 1845, poco después de la muerte de éste, y en forma de reseña de la autobiografía del sevillano. Sabido es que esta obra, la famosa *Life of the Rev. Blanco White*, tuvo en la sociedad inglesa de su época un eco mucho mayor que sus otros escritos, lo cual confirma mi impresión de que es el hombre, no la obra, lo que despierta máximo interés.

El Rev. Mozley comienza su ensayo diciendo que Blanco no nació para teólogo; “we do not think that nature intended Mr. Blanco White for a theologian” y que en cambio era un literato nato

que no debía haberse metido en teologías, ya que su mente era penetrante pero no amplia, capaz de percibir verdades concretas y particulares con gran agudeza, pero incapaz de abarcar todo el ancho panorama de la investigación teológica. No me compete a mí, pobre lego en estas materias, dictaminar si ello es verdad o no, pero el juicio del Rev. Mozley parece compadecerse con lo que nos narra el Rev. Ríos, a saber, que Blanco, en su época de estudiante, no se interesó nunca por la teología, que para él era una serie de asignaturas que había que aprobar, mientras que sí sintió verdadera curiosidad por algunos aspectos del Derecho Canónico y de la Historia Eclesiástica, relacionados sobre todo con la situación de la Iglesia de su tiempo, temas que también apasionaron a algunos de sus amigos y sobre los cuales hubo de leer algunos de los libros que tenía que ocultar por figurar en el Índice.

Si el Rev. Barber podía apreciar el esfuerzo misionero de los mercedarios algecireños, el Rev. Blanco White, según el Rev. Mozley, era incapaz de sentir ninguna emoción religiosa. Odiaba todo lo que sonase a "entusiasmo" en cuestión de prácticas piadosas, y el mismo concepto de "devoción" era para él sinónimo de superstición. "Es cálido con la naturaleza, frío con la religión" —escribe Mozley. Adora a sus padres y a sus amigos con el corazón, y a Dios con la razón". Proyecta además sus sentimientos y circunstancias personales sobre la España y la Iglesia de su tiempo. Como él tenía el breviario sobre la mesa y los libros prohibidos en un cajón secreto, todos los clérigos españoles eran o retrasados mentales o unos hipócritas redomados. Como a él le irritaba personalmente la obligación del celibato, la mayoría de los curas vivían amancebados y su sacerdocio era una farsa. La indudable religiosidad del pueblo español y sevillano que le rodeaba no tenía sentido para él; era todo superstición de una masa ignorante fanatizada por unos frailes igualmente ignorantes. etc, etc. El análisis de Mozley prosigue implacable hasta recorrer la vida entera de Blanco. Observa que en su época anglicana, su conversación era muy apreciada en Oriel College, pero ahuyentaba a algunos clérigos jóvenes que la encontraban excesivamente profana y escéptica. Nota sus incesantes cambios de creencia, su persecución obsesiva de una verdad que, con tal de que fuese suya, poco importaba que destruyese toda posibilidad de creer ni que le enajenase la compa-

ña de sus más fieles y comprensivos amigos, y no se deja en el tintero las terribles palabras que Blanco escribió poco antes de su muerte y según las cuales ponerse de rodillas y rezar a Dios para pedirle algo ya no tenía sentido para él. También eso era “superstición”.

¿Fue Blanco siempre así? Indudablemente no, y el P. Ríos se cuida muy mucho de precisar que los sentimientos y las ideas que Blanco se atribuye a sí mismo en esa época juvenil que termina en 1800 pueden no ser realmente de esos años, sino de algo después, o incluso de la época muy posterior en que evoca su niñez. Por ejemplo: eso que dice Blanco de que le fastidiaba tener que oír misa cuando pasaba unos días en Cádiz porque se lo había prometido a sus padres... ¿es un recuerdo fiel de lo que sentía entonces o una proyección retrospectiva de un estado de ánimo muy diferente, de un Blanco ya anglicado y protestantizado por doce años de estancia en Inglaterra? Ríos hace bien en aportar todos los datos cronológicos y factuales que apuntan a un Blanco todavía creyente y respetuoso con la religión de sus padres y de su país, pero aún queda un hecho, a saber, la continuidad de la conciencia personal: si Blanco mismo nos dice que así es como él sentía en su juventud, ¿quién si no el propio Dios tiene autoridad para contradecirlo?

A la mayoría de los que escriben sobre Blanco hoy en día — y excluyo desde luego al autor del libro que nos ocupa, al profesor Garnica y a Martin Murphy— les importa un pimiento si creía o no ni por qué razones: sólo les interesan las críticas que hizo de su país, ya que, según ellos, el patriotismo es mejor cuanto más demolidor. Pero, dejando a un lado a estos energúmenos del progreso, el lector sencillo tiene que enfrentarse a un enigma que aún no está resuelto ni, creo yo, lo estará nunca, y es el siguiente: ¿qué hacía ese clérigo sevillano, que, según el P. Ríos, nunca tuvo vocación sacerdotal, y que, según el Rev. Mozley, era incapaz de sentir la religión, qué hacía ese cura que se aburría en misa dedicando su vida entera a escribir sobre la fe y la incredulidad, sobre las órdenes monásticas, sobre el catolicismo y el protestantismo? En Blanco White todo son preguntas... sin respuestas.